



cámara de la Alhambra, con sus dos más íntimas amigas, doña Beatriz de Bobadilla, compañera de su juventud, y doña Juana de la Torre, elegida para amamantar en su seno al infante, noble triada, amante de la virtud, y que ilustraba el ingenio de Isabel, ocupada en examinar con prolijo y femenino afán las últimas muestras llegadas del Nuevo Mundo, y gozaba de su placer y participaba, al través del Atlántico, de sus santas y poéticas emociones.

Pero estos consuelos no eran bastantes á remediar el mal que había nacido durante su ausencia.

El comandante don Pedro Margarit, que poseía en las instrucciones de Colon para la colonización española cuantos elementos posibles de fuerza, de vida y de prosperidad son apetecibles, había frustrado la esperanza del almirante, hecho traición al honor, é insurreccionándose contra el consejo de gobierno. En lugar de proceder á la exploración de la isla, acampó á dos leguas de Isabela, alojando á su gente en las aldeas de los indios, donde vivía sin orden, dispensada de la diana, la retreta, el ejercicio, libre, en suma, de consigna, mientras él se daba á correr en pos de fáciles placeres. Los lamentos que arrancaban las continuas vejaciones cometidas con los naturales por su desenfadada soldadesca, llegaron á oídos de don Diego, quien, de acuerdo con el consejo, le escribió conminándolo á dar cumplimiento á las disposiciones del almirante. Mas éste, en vez de obedecer la advertencia, respondió de una manera insolente y se entregó á más y mejor á sus extravíos, y aparentando despreciar á don Diego venía á Isabela cuando mejor le parecía, sin tener más respeto al consejo que si su espada fuera la única autoridad de la isla. Y sus soldados creían honrar mucho á los indios tomándoles sus mujeres, sus provisiones y su oro, y apurando en pocos días víveres que á ellos les hubieran bastado para la tercera parte del año.

Pero después de haber arruinado á los habitantes de Vega Real, hecho maldecir el nombre español en la más rica posesión de la isla, don Pedro Margarit, espantado de su propia obra, quiso escaparse del país antes de la vuel-

ta del almirante, en uno de los bajeles que trajo don Bartolomé. Como no era empresa para uno solo, reclutó descontentos y consolidó su partido atrayéndose al vicario apostólico. Cierta semejanza y conformidad de situaciones acercaba al P. Boil al comandante Margarit. El uno había traslimitado y hollado todos sus deberes como militar y como jefe de un cuerpo, y el otro olvidado todas sus obligaciones de sacerdote y de jefe de una misión. Ambos murmuradores, descontentos de cuanto los rodeaba porque lo estaban de sí mismos, engrosaron su facción con aquellos hidalgos que no podían perdonar á Colon el haberlos sometido á trabajar, y que disfamaban á los tres hermanos, llamándolos advenedizos y extranjeros, que por lo mismo que eran de baja extracción se complacían en humillar á los verdaderos nobles.

El P. Boil aparentaba dejar á la colonia en prueba de su amor por ella; que era preciso ir sin tardanza á desengañar á SS. AA. (1) de la persuasión en que estaban de que aquella tierra contenía oro, aromas y especerías, siendo así que no engendraba sino fiebres y enfermedades desconocidas en Castilla. Maquinaron de esta suerte su partida, se apoderaron de varios bajeles anclados en la rada, y huyeron como cobardes desertores, juntamente con muchos religiosos, á quienes el aliciente de la novedad había excitado á seguir á las Indias al P. Boil, y que no pudiendo acomodarse á un género de vida á que no estaban destinados, prefirieron acompañarlo en su vergonzosa fuga.

La primera misión en el Nuevo Mundo fué infructífera porque quien la dirigía, ni estaba llamado para ello por el cielo, ni había consultado á Dios, puesto que vino á la tierra de los salvajes de orden del rey como para ocupar un puesto diplomático. Este suceso, al principio del descubrimiento, prueba hasta la evidencia que no son profetas sino los elegidos del Señor; que el ministerio del Evangelio no se ha repar-

(1) «Tuvo este religioso la imprudencia de publicar que quería ir á desengañar á los reyes católicos de la ilusión que les había creado el almirante con sus pretendidas minas de oro.» Charlevoix, *Historia de Santo Domingo*, lib. II, pág. 128, en 4.º



tido á todos indistintamente; que el apostolado no se confiere con reales decretos, y que es preciso tener una vocación especial para desempeñarlo. Mientras que el P. Boil no había experimentado sino fastidio, hastío y malestar por su cometido, cometido de paz y de consuelo que él tornó en embajada de desazones, un pobre fraile franciscano y otro de San Jerónimo que vinieron impulsados por una verdadera vocación, apenas transcurrido un año desde su desembarco, ya sabían la lengua más generalmente hablada en la Española, y disfrutaban del placer de predicar la gloria de Jesucristo y los dogmas de la Iglesia por las aldeas, dirigiendo su palabra á los jefes de las tribus, á los mismos caciques.

Dirémos más, la gracia evangélica no había sido otorgada por Dios al P. Boil. El espíritu de fuerza y de verdad que consagra el apostolado, no pudo descender sobre el catalán diplomático, porque, en realidad, no fué á él á quien designó el jefe de la Iglesia como su vicario apostólico en las Indias. Lo atrevido de nuestro aserto tal vez sorprenda y parezca temerario; pero no obstante lo sostenemos, pues debemos esclarecer en pró de la verdad, de la dignidad de la Iglesia y de la justicia histórica, este singular acontecimiento, tenido hasta hoy en la oscuridad más profunda por los cronistas, incluso los mismos españoles. Lo harémos en breves palabras para no digresar mucho del curso de la narración.

Documentos é historias prueban unánimemente que el P. Bernardo Boil, catalán, fraile benedictino, fué á las Indias con el carácter de vicario apostólico. Este es un hecho patente, auténtico, del que no puede dudarse, y al que nosotros damos nuestro más entero asentimiento.

Sin embargo, no fué este religioso el nombrado por la Santa Sede, porque con una ligereza censurable y de un modo casi fraudulento, el P. Boil, ignorando sin duda la causa, se vió titulado para un destino para el cual no había nacido.

El rey Fernando, por medio de su embajador, hizo proponer á la Santa Sede en calidad de vicario apostólico de las Indias al P. Ber-

nardo Boil (1), benedictino, personaje muy conocido por sus ministros y familiar de la corte de Aragón. Pero sabiendo la inclinación de Cristóbal Colon á la Orden Seráfica, y la participación de los franciscanos en el descubrimiento, el jefe de la Iglesia reservaba esta honra á la humildad de un discípulo de San Francisco, y nombró espontáneamente por breve fecha 7 de Julio de 1493 como vicario apostólico en las Indias á «Fr. Bernardo Boyl, provincial de franciscanos en España» (2); que para la primera misión en el Nuevo Mundo hacía falta, sobre todo, de palabra ardiente en la predicación y de caridad activa, y no sólo de puntualidad en el coro, de trabajos eruditos, y de buena redacción diplomática.

Cuando llegó á Castilla la ampliación de la bula el rey creyó que en Roma, á causa de la semejanza de los nombres, se habían equivocado en la designación de la persona, que el papa había designado á Fr. Boyl, queriendo nombrar á Fr. Boil, y que esta era tal vez una mera inadvertencia ó error de pluma de la cancellaría al extender la credencial, tanto más, cuanto que el nombre del titular no iba puesto sino al margen, es decir, en la dirección de la bula y no en el cuerpo de ella. Las circunstancias apremiaban, y no se creyó deber retardar la partida de la expedición por tan poca cosa, ni aplazar el envío de los misioneros antes de aclarar esta mala inteligencia, y de consiguiente, como si se tratara de una cosa trivial, el Boil, benedictino, presentado por el rey, su protector personal, al sumo pontífice, recibió la noticia de la llegada de la bula (3). Y para

(1) Para mayor exactitud debemos decir que su nombre se escribía á la sazón *Buil*, pero como la mayor parte de los historiadores reales lo han escrito *Boil*, hemos adoptado y seguido su ortografía. Los reyes católicos le escribían de esta manera; *Devoto fray Buil*.

(2) Hé aquí la dirección textual de la bula: *Dilecto filio Bernardo Boyl fratri ordinis minorum, vicario dicti ordinis in Hispaniarum regnis.—Copia legalizada, tomada en el registro autógrafo de las cartas apostólicas en el año primero del pontificado de Alejandro VI, pág. 122. Sacada de los archivos secretos del Vaticano, y certificada el 7 de Febrero de 1851 por el prefecto de la Vaticana.*

(3) *Cartas del 25 de Julio y 4 de Agosto de 1493, Colección diplomática, números LII, LX.*



evitar escrúpulos, el original de la ampliación donde se leía el verdadero nombre, no se le remitió con el especioso motivo de no querer exponerlo á los accidentes del camino (3), y quedó en la real secretaría. Debemos añadir que desde hace mucho tiempo, una mano prudente ha sabido hacer desaparecer de los archivos de España tan importante documento, y que por esta causa no ha podido formar parte de la colección diplomática publicada por orden de su corona. No se le halló entre los legajos del Archivo de Simancas, donde aún se vé el borrador de su despacho de remisión; pero el original de la bula se conserva en Roma, en los archivos secretos del Vaticano, en los cuales existe en minuta y de la que por primera vez el 7 de Febrero de 1851 se sacó una copia (1).

Fr. Bernardo Boil, provincial de franciscanos, nombrado vicario apostólico, no tuvo conocimiento alguno de su nombramiento.

Y Fr. Bernardo Boil, elegido por el rey, ocupó el lugar de Fr. Bernardo Boil designado por el sumo pontífice.

A los ojos de Fernando no había en la sustitución que se atrevía á permitirse más que una rectificación de sobreescrito, no viendo más de trocado que una letra en el nombre, y un título en su portador: un Boil por un Boil, un benedictino por un franciscano. Salvo esta diferencia de ortografía y de hábito, quedaba siempre un religioso, un hombre de costumbres irreprochables, y en el fondo, no encontraba ningún inconveniente para enviar á las Indias un benedictino bien relacionado en la corte, en

(3) «El traslado della autorizado vos enviamos, como vereis: la original queda acá por algun peligro que podría haber en el camino.»—Registrado en el archivo de Indias en Sevilla.—*Colección diplomática.*—n.º LII.

(1) Hé aquí el texto del refrendo del archivero pontificio:—«*Descriptum et recognitum ex autographo registro litterarum apostolicarum Alexandri P. P. VI, anno I, pág. 122. Quod adversatur in tabulariis secretioribus Vaticanis. In quorum fidem hic me subscripsi et solito signo signavi.*»

«*Dabam ex tabulariis præfatis VII idus februarii anno 1851.*»

MARINUS MARINI
TABULARIOR S. R. E. PREFECTUS.

lugar de un franciscano que, probablemente, sería poco conocido. Pero en vano son las estratagemas contra el espíritu de la Iglesia. Hasta hoy la sutileza de los hombres no ha podido vencer la fuerza que desciende de lo alto. La bula del santo padre no llegó á su destino y ya hemos visto el resultado.

Si hubiera permanecido penetrado del espíritu de su regla, entregado á la oración y al estudio, este benedictino hubiera podido edificar á su comunidad al par que servir á España con su habilidad diplomática; pero investido tan sólo por orden del rey de una misión espiritual, usurpando, aunque inocentemente, poderes que había destinado á la orden de San Francisco el Soberano Pontífice, ni recibió el auxilio invisible que los hubiera fecundado, ni poseyó su eficacia ni su poder. Antes al contrario, con sus mal adquiridas atribuciones, saliéndose de su vocación y de su carácter, colocándose fuera del lugar que la Iglesia quería que ocupara, desfalleció y cayó en un abismo. Mientras que su título de vicario apostólico le obligaba á dar ejemplos de valor, de abnegación, de tierna caridad y de constancia en los momentos de prueba, se mostró apático y cobarde, misionero sin virtud, sacerdote sin dignidad, ciudadano sin obediencia, deshonor de su orden, haciéndose eco de la maledicencia y consejero de conspiradores, hasta que al fin unió con ignominioso lazo la deserción civil á la deserción religiosa.

El cómplice del P. Boil, D. Pedro Margarit, al abandonar su puesto, como ni aún se tomó la pena de delegar sus poderes en uno de sus oficiales, dejó á sus soldados en plena libertad de hacer cuanto se les viniera á las mientes, y así, se desbandaron en grupos por diversos lados, haciendo más insoportables los atropellos y vejaciones con que tenían casi apurada la paciencia de los inocentes indios. Hasta entonces los indígenas se habían sometido á la fuerza; pero cuando, con motivo del exparcimiento de los españoles, quedaron debilitados, pensaron volver á las sangrientas escenas del fuerte de la Navidad. Salvo Guacanagari, que siempre fiel y leal á Colon, sufría y hacia sufrir á sus vasallos el ruinoso mantenimiento de



cien soldados, impudicamente domiciliados en sus dominios por la sola razón de que en ellos se encontraban á su gusto, se indignaron los caciques de verse oprimidos de tan ruda manera, y exasperados por la tiranía de que eran víctimas, resolvieron los habitantes de la Vega suplir con el número la inferioridad de las armas y caer sobre los castellanos.

Los reyes de Jaragua, de Higüey y de la Vega se aliaron con el señor de la Casa de Oro para exterminar, en todos los puntos de la isla, á un tiempo, á los soberbios depredadores. Guacanagari, sospechoso á causa de sus huéspedes, quedó fuera de la secreta coalición y tratado como enemigo. Caonabo, auxiliado por su cuñado, lo atacó bruscamente y logró arrebatárle una de sus mujeres y matarle la favorita, la hermosa doña Catalina que para unirle se arrojó de la *Marigalante* al agitado mar. En diversos parajes de la isla fueron degollados españoles, y el cacique Guantiguana hizo matar á diez que moraban en las orillas del gran río, reduciendo luego á pavesas la cabaña que les servía de hospital, y en la que se hallaban á la sazón cuarenta enfermos con fiebre ó convalecientes.

El bravo señor de la Casa de Oro, el cacique Caonabo, destructor del fortín, resolvió aniquilar á los extranjeros; hizo alianza con los Ciguayenos, tribu belicosa del N. O. que, expuesta á las incursiones de los caribes, había contraído hábitos guerreros, y de repente se presentó al pié del castillo de Santo Tomás, mandado por Ojeda, que no tenía á sus órdenes sino cincuenta hombres, más ó menos resentidos del clima.

Ojeda, cuyos bríos eran proverbiales en la colonia, era hombre inteligente, mantenía la más estricta disciplina, rondaba de noche, vigilaba á sus centinelas, y defendido por el foso profundo que formaba el Yaque, permanecía en la fortaleza observado por el enemigo, pero sin temer el asalto. Caonabo reconoció la imposibilidad de burlar su vigilancia y quiso rendir por hambre la guarnición ocupando al efecto los bosques inmediatos, apoderándose de todas sus entradas y salidas, lo mismo que de cuantas veredas conducían al fuerte, y embos-

cando numerosas cohortes en los sitios que suponían debía servir para abastecerlo. Ojeda, al ver esto, disminuyó las raciones y esperó con paciencia estoica los efectos del desaliento en un ejército, al que debía molestar en sumo grado el no tener más abrigo que la bóveda del cielo en noches un tanto desapacibles. Para no dejarle gozar de las dulzuras de un dilatado reposo hacia de improviso salidas que causaban grandes estragos, y en las cuales, los más intrépidos de los insulares, eran precisamente los que primero arrollaban los ginetes, pues sólo ellos se atrevían á mirar de frente á los caballos de Ojeda.

Así se sostuvo el señor de la Casa de Oro por espacio de treinta días, hasta que al fin, notando que el cansancio y las enfermedades diezaban sus filas, verificó sin ruido su retirada con la intención de tomar en la Isabela la revancha de las orillas del Yaque. Deslizándose como un reptil entre la maleza, y ocultándose en lo profundo de los bosques, llegó calladamente á las inmediaciones de la ciudad, dando durante la noche una vuelta á su recinto para buscarle el punto vulnerable.

Con el objeto de hacer con más comodidad sus observaciones, llevó su audacia hasta el extremo de penetrar en ella de día, vendiéndose por amigo de los españoles, y así pudo reconocer que carecía de guarnición, que los soldados diseminados en varios puntos no podrían socorrerla, y notar al mismo tiempo que contaba con más enfermos que hombres de buena salud.

Tales eran las consecuencias de la mala conducta de Pedro Margarit y de las difamaciones del P. Boil, y tales las circunstancias en que llegaba Colon á la isla, cuando estenuado y falto de fuerzas, necesitaba dar á su cuerpo y á su espíritu el más absoluto reposo.

Nuevas alarmantes llegaban á cada hora en ocasión que el rey Guacanagari vino á Isabela, queriendo á todo trance ver al almirante.

Hallólo en el lecho y se manifestó profundamente comovido de su dolencia. Volvió á hablarle de los trágicos acontecimientos del fortín, tornó á protestar con lágrimas en los ojos



que no habia podido impedir tamaña desgracia, le recordó que era su amigo, y que por eso los demas caciques le trataban como adversario, le participó el complot formado para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

tencia contra sus vecinos, y sintiendo renacer con su presencia su primer afecto, le ofreció secundar sus esfuerzos por cuantos medios estuvieran á su alcance.

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

to, y conpezaron por la traza de que era el punto de partida para el exterminio de los españoles, le pidió su asis-

CAPITULO XXIV

ntenta Colon romper la liga de los caciques y por medio de una estratagemia india se apodera de Caonabo.—Desbarata los planes del artificioso caribe.—Pelea de doscientos veinte españoles contra cien mil indigenas.—Organiza el almirante la recaudacion de los tributos impuestos á los pueblos vencidos.—La reina poetisa de Haiti.—Conjuracion del hambre.

No podia el almirante dejar impunes los asesinatos cometidos por Guatiguana y su fechoria contra los cuarenta enfermos, tanto menos, cuanto que la hostilidad de los indigenas se presentaba de una manera permanente, y que en aquella misma hora el capitán don Luis de Arteaga se hallaba estrechamente bloqueado en el fuerte de la Magdalena. Colon, previendo que una mayor mansedumbre ocasionaria más efusion de sangre, dió orden de atacar de improviso al cacique Guatiguana, y simultáneamente desembarazar la fortaleza. En efecto, las tropas del cacique quedaron derrotadas y dispersas, pero no pudieron hacerse con su persona; los prisioneros se embarcaron en los bajeles que don Antonio de Torres debia conducir á España.

Al mismo tiempo procuró el almirante romper la liga de los grandes caciques, apartando de la coalicion á Guarionej, que reinaba en la magnífica tierra de la Vega. Lo hizo llamar, le aseguró que el castigo impuesto á Guatiguana era una medida personal, y que los entuertos perpetrados por los españoles durante su ausencia quedarian igualmente castigados. En esta entrevista adquirió Colon tal ascendiente sobre Guarionej, que lo decidió á dar su hermana en casamiento al lucayo Diego, el intér-

prete bautizado que con tanta fidelidad (1) lo servia, y á dejarle construir en medio de sus dominios un fortín que dedicó á la Virgen, con el nombre de Concepcion; así aseguraba sus comunicaciones con la region de las minas de oro, y podia reprimir al mismo tiempo cualquier levantamiento. Desde entónces, la liga, debilitada, se reducía á Caonabo, á su cuñado Behechio y al soberano de Higüey; y aún estos dos últimos no se atreverian nunca á emprender nada sin el apoyo del señor de la Casa de Oro.

Paralizando los movimientos de Caonabo la pacificacion de la isla estaba asegurada. Pero como no era empresa fácil acorralarlo en sus montañas, en las que lo escabroso del terreno proporcionaba una defensa natural, y por otra parte no se podia permanecer expuesto á sus golpes de mano, pensó el almirante que debia combatir al guerrero caribe con armas iguales á las que él empleaba, es decir, con el engaño

(1) «Quo interprete in Cubæ discursu usus fuerat sororem dare in uxorem.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ, decadis primæ, liber quartus*, fol. 10. § C. Este es el casamiento de que habla Spotorno, confundiendo, por una extraña aberracion, al intérprete indio, natural de San Salvador, bautizado en Barcelona, con su padrino el genovés don Diego Colon, hermano del almirante.